

# La Incapaz

(Obra en un acto)

CARLOS MARÍA DOMÍNGUEZ



*Clara entra al escenario y se topa con el público, sorprendida. Tiene el pelo revuelto y un aspecto descuidado que no oculta su distinguida condición social.*

Perdón. No sabía que... ¿Han visto mi peine? Un peine de marfil con una piedra en el mango.

*(Mira al público de cerca.)*

¿Pero se puede saber qué hacen ahí sentados?

*(Clara olfatea el aire. Da unos pasos.)*

¿Son médicos? Conozco la colonia de los médicos. Un perfume ni floral, ni animal. Un perfume neutro, blanco, triste.

*(Se aleja unos pasos, temerosa.)*

Puedo sentir el filo de acero a varios metros de distancia. ¿Es que se atrevieron a venir con puñales?

*(Queda a la espera de que algo suceda. Al ver que no ocurre nada vuelve a ganar confianza.)*

Si vinieron por la junta de acreedores lamento decirles que llegaron tarde. Esta es mi casa, pero ya no es mi casa. Y yo..., yo no soy yo.

Ahora mismo estaba bordando unos pájaros en el altillo cuando vi que me faltaba el peine y bajé a... Un peine que me regaló mi madre, con una piedra preciosa en el... *(Se detiene.)* Yo duermo en la piecita de arriba.

Soy la loca del altillo. Arriba, en la terraza. ¿Conocen? Tanto ponerme por el cielo, me dejaron en la parte más alta. Bien arriba de esta quinta donde los pájaros se dan contra los vidrios. Cada vez que un pájaro se rompe contra la ventana despierto a una hora que no conozco. Hay que oír el sonido de los huesos en las posiciones ridículas del sueño. Hay que ver en las noches de tormenta esa pretensión de plumas.

Soy el mueble del altillo. El mueble más inútil de esta casa que fue mía antes de que se sentara sobre mí el enorme trasero de Montevideo. Un culo gordo, moral, calentito, capaz de aplastar a la pulga que se saliera de libreto.

Llegaron tarde. Cien años tarde. Pero todavía me acusan de pasearme algunas noches por la terraza del Blanes. Dicen que mi sombra hace escándalo en la ciudad, que mi obligación era desaparecer, dejarlos en paz. *(Pausa.)*

En esta aldea se tarda tanto en llegar, y se tarda tanto en morir... Siempre hay uno que recuerda la historia mal contada, la palabra robada a un moribundo, un poema enredado en el cuello de un borracho.

Claro que ahora no tengo nada que ofrecerles, en caso de que quieran robarme algo. Ni los campos de Paysandú, ni los de Entre Ríos. Tampoco mis mansiones, ni mi dinero, ni mi peine. ¿Pero dónde estará mi peine?

*(Clara se pone a buscarlo. Luego se interrumpe.)*

Tampoco mis joyas, ni mi belleza, ni mi juventud, claro, ni siquiera el último bordado de mi razón. ¿Les bastaría una sonrisa? ¿Alcanzaría un trozo de sonrisa?, ¿de furia?, ¿quizá, algo de sexo?, ¿la uña del perdón?

No me pidan recuerdos. Yo no sé recordar. ¿Dónde estaban mis manos? ¿Dónde estaban mis ojos? Mis labios callan besos extraños.

*(Adoptando la pose de su madre, Rosalía.)* Clara, –dice mi madre– tu marido es un canalla.

*(Adoptando la pose de su padre, Mateo.)* Clara, –dice mi padre– le pegaré dos tiros a ese perro.

*(Busca los rostros de sus padres.)*

Pero ustedes querían que me casara con él. Yo no quería ir a la cama de ese hombre sin mis muñecas.

Tenía diez años cuando una noche mamá entró a mi cuarto y me regaló su peine de marfil con una esmeralda incrustada en el mango. Me dio sus coloretes y me arregló el pelo, y dijo que me saldría sangre entre las piernas. Dijo que todo iba a ser hermoso y feliz porque José María iba a entrar dentro de mí como a una casa.

*(Como si estuviera en la habitación frente a Rosalía.)* Mamá, ¿por dónde va a entrar? Yo no quiero tener un abogado dentro. No soy una casa. No quiero ser casa... Pero el peine era tan lindo. Deseaba tanto la piedra.

*(Adoptando la pose de Rosalía.)* Clara, tienes que recibir a José María en la sala, como te enseñé. Sólo deja que te agarre la mano. Ríe un poco. Y límpiame los dientes.

*(De un modo brusco, dirigiéndose al público.)* Mi madre es una yegua vieja enamorada del hombre que me quiere dar por marido.

*(Con tono enérgico, parodiando a Rosalía.)* Clara: yo nunca amé a ese hombre.

*(Dirigiéndose al público.)* ¿La escuchan?

*(Parodiando a Rosalía.)* Solo quería hacerlo tu esposo porque me parecía el ser más extraordinario de la tierra. Me engañaba cuando te enseñaba a quererlo. Te engañas ahora, cuando lo defiendes y yo veo claro.

*(Con tono solemne, parodiando a Mateo.)* Clara: a ti los hombres te dan asco.

*(Dirigiéndose al público.)* ¿Escuchan a mi padre? ¿Pueden oírlo?

*(Parodiando a Mateo.)* Sos demasiado viril. Nunca serás dócil en el matrimonio.

*(Con tono sibilino, parodiando a José María.)* Clarita, mi amor: tu padre no quiere nuestra boda porque cree que busco su fortuna.

*(Dirigiéndose al público.)* ¿Oyen? Es mi querido José María.

*(Parodiando a José María.)* Puras habladurías. Lo sé muy bien, no hacés lo de Eva, todavía, y yo soy un hombre de más de treinta años, pero por eso mismo, sé como sacarte los vicios, te domaré a carinhos. Te van a gustar. Y aunque necesitas tiempo para comprenderlo, es hora de que conozcas un secreto. Me dijeron que en Gualeguaychú, y acá, en Montevideo, la gente dice que tu madre se enamoró de mí. ¿No viste la forma en que gimotea, pidiéndome atenciones?

*(Clara se inclina con una puntada en el vientre.)*

Yo no puedo recordar. Para mí el recuerdo es una piedra hundida en un pantano. ¿Por qué me piden explicaciones? Justo ahora, Dios mío, que han venido a golpear las puertas de mi casa. Estuvieron ayer. Acá, en la calle Rincón, en pleno centro, unos médicos, la policía, el juez. Primero dijeron que querían ofrecerme un cocinero. ¡Ja...! Y claro, yo soy Matusalén... Casi derriban la puerta.

*(Se oyen fuertes golpes sobre una puerta. Clara camina inquieta de un lado a otro.)*

¡Basta! ¡Asesinos! ¡Degolladores! ¡Déjenme en paz!

*(Clara camina hacia el público, como si saliera al balcón, mientras siguen sonando los golpes en la puerta.)*

¡Auxilio! ¡Socorro! ¡Que alguien busque al abogado Julio Herrera! ¡Muévanse, cretinos! ¡Vienen a matarme! ¡Levántense! ¡Corran! ¡Van a romper la puerta! ¡Van a entrar! ¡Esos chulos!, ¡esos perros!, ¡esas hienas!

*(Clara regresa al centro de la escena, todavía exaltada.)*

Todos quieren explicaciones. Me dan terror las explicaciones. Las preguntas, ¡la ansiedad de las preguntas!

Mi vida es un peine con una piedra clavada en el marfil de un elefante. Lo quise. Lo tuve. Lo perdí en una boda que entretuvo a esta ciudad como un gran circo.

*(Clara comienza a vociferar.)*

¡Pasen y vean!:

¡El abogado se casa por la plata!

¡Noooo, se sacrifica por un compromiso familiar!

¡La suegra alienta un amor impuro por su yerno!

¡El suegro no quiere saber nada!

¡En la boda, esa bobeta de Clara hallará su funeral!

¡Y con ustedes... el canalla del marido!

¡Y con ustedes... el sacrificio de los suegros!

¡Vamos, vamos, que la niña ya pone un pie en la loza del altar!

*(Clara se interrumpe. Parece oír voces.)*

Me han dicho que debo prepararme. Ensayar un poco. El comisario amenazó volver y llevarme al juzgado por la fuerza.

Debo contarles todo. Entenderán cuando les cuente. Me dejarán en paz. Sabrán lo que he sufrido. El sufrimiento lava el sufrimiento.

*(Insegura, Clara se dispone a ensayar lo que contestará frente al tribunal.)*

Señores jueces, señores abogados, estoy harta de... No, no, eso no. Mejor empiezo con algo más..., más...: Señores, vine a disculparme si a alguien he ofendido con... Estoy acá por... No. Tampoco.

Excelentísimos hijos de puta de esta aldea. Si vuelven a tocar a mi puerta... *(Frustrada.)* Mierda.

*(Clara se inquieta. No sabe por dónde empezar y finalmente encuentra un hilo por donde continuar.)*

Huimos con José María a Paraná. Mis padres lloraban, mis dos hermanos, callados como tumbas. Pero yo era feliz. José María me enseñó a quererlo. Todo un caballero. Un caballero, digamos, talarador. Me arrancaba los embarazos en el baño. Mamá no quería que mi raza se multiplicara en la suya. Y José María me prohibió volver a Montevideo. Hubo una guerra en los diarios con el mismo chisme, que la herencia, que la niña, que los padres. El escándalo fue público. El dolor, privado.

*(Dirigiéndose a la platea.)*

La vergüenza ¿conocen? es este río de lodo caliente en la cara. Dios mío, el amor, un incendio que yo desconocía. Dulces mentiras, besitos, el engaño de las cartas, las almohadas. ¡Y los comentaristas del Río de la Plata asomados a la cama!

Me fui. Le di tres hijos y lo abandoné. Mi hija Isabel lo encontró en el estudio con una mano en las piernas de la criada. “A tatita le gusta hacer porquerías con Carlota”, dijo.

*(Clara se toma la cabeza por las sienes.)*

“A tatita le gusta el ombligo de la mulata”. Lo sabía. No sé, lo sabía.

*(Dirigiéndose a José María.)* Heredaste esa mugre de tu padre, que se va a la cama con la Dominga. No lo niegues, José María. Tomaste la leche que la Dominga repartió entre tus hermanos. Y hasta alcanzó para tu padre. Nada te basta. Nada te calmará. Buey. Mono. Te da igual la blanca que la negra, la gorda que la flaca. Zanguango. Trípode. Te metiste con Carlota, la única en esta casa que te llamaba amo.

*(Dirigiéndose a la platea.)*

¿Tienen negros en sus casas? ¿Conocen cómo miran los negros? Todo lo miran, todo lo conocen, todo lo callan. Después, solo mirarlos da pavor.

*(Clara hace una pausa.)*

Volví con mis niños a Montevideo y me encontré con que la casa de mis padres se había vuelto tétrica, las paredes, los cuadros, las campanadas del reloj. La peste había entrado por la puerta. Despreció a los viejos, se llevó a mis hermanos en una mortaja de girasoles, con los ojos hundidos en el terrible amarillo de los chinos. ¿Epidemia del alumbrado público? ¿Vómito negro de La Habana? ¿Corrupción de la carne por los pecados de mi madre, como decía un cura? La encontré derrumbada a los pies de mi padre.

*(Parodiando a Rosalía.)* Clara, dijo ella, Dios lavó mis faltas con la sangre de mis hijos. Tu regreso es mi consuelo. Te ayudaremos a sacarte esa hiena de encima.

*(Parodiando a Mateo.)* Clara, dijo papá, Voy a hacer arder los tribunales. Ya verás. Le sacaremos la máscara a ese bandido.

*(Como si buscara el rostro de sus padres.)* Pero yo quiero olvidar, por favor. Ya pasó. Estoy de vuelta en casa. ¿Es mucho pedir? ¿No pueden olvidar?

*(Pausa.)*

Papá murió primero, antes de que la Iglesia me diera el divorcio. ¿Qué? ¿Se asombran? Digo que la Santa Iglesia me divorció del energúmeno, pero con su ayuda mamá me hizo la guerra para quitarme a los niños. Los llenó de dinero para que supieran de qué lado miraba Dios. Y José María se empeñó en quitárselos a ella. Yegua y caballo pelearon durante años con la única ambición de destruirse.

*(Dirigiéndose a la platea.)*

¿Oyen el viento? ¿Escuchan la peste? El amor llevado y traído, ese odio inconcluso. Con ayuda de Mitre y el presidente Latorre, finalmente José María le arrancó a los niños, que partieron a Buenos Aires con el último suspiro de mi madre. Y así quedé convertida en la única heredera de la fabulosa, atormentada fortuna de los García de Zúñiga. Una fortuna crecida con el engorde del ganado, una orgía de lealtades más breves que una gota de lluvia en el desierto. Porque entonces era yo, definitiva, treintañera y moralmente, Clara García de Zúñiga.

*(Clara camina con alarde.)*

Una mujer montada sobre dinero. Preciosa. Viril. Intensa. Una mujer que va por la vida comiendo carne cruda, de la que se le dé la gana.

*(Dirigiéndose a la platea.)*

La venganza ¿Conocen? Es una saliva que muchos encuentran excitante, vaya una a saber por qué. Entonces iba casi todas las noches al teatro, y a cenar, y a reír con muchos hombres.

*(Clara entona o dice una canción.)*

Yo tuve una muerte obscena  
uno me dijo que era fatal  
andar de fiesta por esta aldea  
sin permiso de la autoridad

Unos querían pasar el rato  
otros sembrar la posteridad  
muchos salían de los burdeles  
haciendo eses en Navidad

Les cae muy grueso, les cae muy mal  
que yo quiera con jovialidad  
tirar dinero de los balcones  
irme a la cama con sensualidad

*(Clara ríe.)*

Mi amor, fuiste muy torpe en la cena. ¿Querés tenerme? Cortate el bigote. Llévame al Solís. O mejor, comprame una joya. Morite, infeliz.

*(Se interrumpe. Otra vez siente miedo.)*

No, no es bueno que diga nada de esto en el tribunal. No me conviene hablar. A mí nunca me conviene hablar.

*(Camina hacia el público.)*

Van a joderme. Siento que van a joderme. Dicen que buscan la verdad, pero no quieren la verdad. Mejor aparento que soy una mujer vulgar. Una señora con remedio, o mejor me hago la tarada y sonrío, mientras tiran del hilo...

Les enredaría el hilo en las gargantas. Les armaría una galleta fenomenal. Yo fui por la vida armando enredos. Soy el principio del enredo, el oscuro corazón del enredo. ¿No me acusan de ser independiente, una grotesca confusión? Me van a escuchar.

*(Se oyen golpes en la puerta. Clara se alarma.)*

Ahí están de nuevo. ¿Escuchan la puerta? ¿Dónde está mi peine? Por favor. Debo abrir. Peinarme. Vienen por mí. ¡Rosa! ¡Raúl...! ¡Hijos...! Debo abrir. Ya va... Encontrar mi peine, la piedra de mi peine, el pantano de mi peine.

*(Mientras continúan sonando los golpes de la puerta, Clara sale corriendo de escena. Se escuchan sus gritos:)*

¡Asesinos! ¡Ladrones! ¡Buzones de frac!

*(Regresa enseguida, quejándose de que la lleven al tribunal.)*

¿No les da vergüenza... hacer ese escándalo en la calle? Suélteme. No me toque. No necesito que me lleven. Yo he venido caminando y detrás de mí esta manifestación de moscas.

*(Clara se sienta en una silla frente al tribunal, nerviosa. Escudriña el rostro del público. Se impacienta.)*

Pregunten, por Dios. ¡Pregunten de una buena vez!

*(Hace ademán de escuchar.)*

No los recibí ayer porque nada tenía que hacer con ustedes. ¿A quién le importa si tengo cocinero o me cocino yo? En estos tiempos, cuando le venden a una las más modernas cocinas a leña... Mintieron cuando vinieron a casa con una excusa tan torpe. Y todavía no me dicen por qué me obligaron a venir.

*(Hace ademán de escuchar.)*

¿Quién me presentó un juicio de incapacidad? ¿José María? Lo callan. Cobardes...

*(Hace ademán de escuchar.)*

Estos niños son míos. Se llaman Rosa y Raúl García de Zúñiga. ¿Ustedes no saben que los hijos del adulterio no llevan otro apellido que el de la madre?

*(Hace ademán de escuchar.)*

He tenido todos los amantes que me dio la gana. Uno todos los años.

*(Clara hace una pausa. Parece distraerse, pero en realidad duda un instante y junta valor.)*

Porque, para serles sincera, yo cojo como usted, y el señor, y el señor. *(Indicando a cada uno de los presentes.)* Todos cogemos. Lo hago siempre que me da la gana y cuando no tengo con quien, pago. Lo mismo que hacen ustedes. Porque no hay placer más rico. Lo hago todos los días y cuando quiero; a veces aborto, igual que muchas, lo que pasa es que no lo dicen; y otras veces los tengo y los echo a la cuna de la caridad... Ya eché a cuatro. Y a otros los conservo, como a estos dos... Porque soy una mujer libre, joven y perfecta separada de mi marido. *(Pausa.)* Y no me iba a pasar sin coger...

*(Hace ademán de escuchar y se pone de pie, camina un poco.)*

Unos me enamoran de un modo y usted, señor fiscal, podría enamorarme de otro. Muéstreme su pie, a ver si es mejor que el mío. A ver su mano, y su brazo... *(Riéndose a carcajadas.)* ¿Saben que hasta son divertidos?

*(Hace ademán de que le ordenan que vuelva a sentarse y obedece. Vuelven a hacerle una pregunta.)*

Claro que sí. Escapé de la quinta porque diez hombres venían a matarme. La tormenta arrancó un postigo de las ventanas y cuando me acerqué, descubrí las sombras en el jardín. Vi sus puñales en la noche, los relámpagos, sus caras en la lluvia. Puedo oler a un asesino a varias cuadras de distancia. No sé con qué resto de coraje arranqué a los niños de la mesa y corrí a la caballeriza. Los subí al carruaje y lo tiré contra las puertas.

*(Hace ademán de escuchar.)*

No sé cuánto anduve. Estaba aterrada, con la sensación de que los tenía encima, de que volvía siempre al mismo sitio. Llovía tanto. La oscuridad es igual a la oscuridad. Llovía tanto. Perdí las riendas. Llovía tanto. ¿Es que ha parado?  
Al final llegué a una despensa y pedí socorro. De ahí me trajo la policía. Todavía recuerdo los pellizcos que me dieron los guardias. Esos rufianes.

*(Hace ademán de escuchar.)*

No contaban con que saldría viva. Me persiguen desde Buenos Aires, que esto no es nuevo. También tuve que huir de mi casa de Barracas. ¿Conocen? Pensé que acá no me encontrarían... ilusa de mí.

*(Hace ademán de escuchar.)*

También es cierto. El jardinero quería venírseme encima. Me habrá visto sola, joven, fácil. Si una mujer va con alguien, los demás creen que quiere ir con cualquiera. Agarré un hacha y lo corrí por el parque. No sé dónde le di. En algún lado le di, porque cayó al suelo y yo me di la vuelta.

*(Hace ademán de escuchar, pero se fastidia y se pone de pie.)*

Basta de preguntas. No pueden saberlo todo.

*(Nueva pregunta.)*

Me han llevado detenida, sí. Dicen que hago escándalos, que soy una perdida. Una mujer no puede estar perdida en esta aldea. Siempre alguien te encuentra. Si no es tu madre es tu marido,



si no es tu marido es la policía, el juez, un vecino. Solo las putas pueden andar perdidas. Me lo dijo mi cura confesor: “las ramera, hija, son útiles para conservar la moral”. Y bueno, siendo yo, dueña de mis actos, puedo dar mi cuerpo a quien se me dé la gana, con más razón cuando no busco dinero sino placer. ¿O ustedes no buscan el placer?  
Claro que a mí nunca me gustaron los hombres defectuosos. Por ejemplo, usted, el médico.

*(Clara señala a alguien del público, se remanga los brazos con actitud desafiante.)*

¿Qué mujer podría darle entrada con esa pelada que parece un queso? Ni siquiera las ramera, que son tan bonitas. ¿Le cobran tarifa doble? Yo no dejaría ni que me tocara la uña de una mano. Soy libre, y ya que no perjudico a nadie, a nadie le importa lo que hago en mi casa.

*(Hace ademán de oír.)*

Otra vez la bendita pregunta. No es gran cosa, solo me da para vivir. ¿A quién le importa mi fortuna? A ver, usted, ¿cuánto gana?, ¿cuánta plata guarda en el banco?  
No contesta. No sabe. No se acuerda. Es difícil recordar. Yo no puedo recordar ni siquiera dónde quedó mi peine. Un peine gracioso, con una piedra verde que reflejaba diez mujeres...

*(Señalando:)*

Tú eres la niña. Tú la esclava. Y aquí la perdida. Y allá la encontrada. Y ahí la madre. Y acá la risa limpia. Y allá la ropa sucia. Ella está desnuda. Esta tiene la cabeza dada vuelta. Falta alguien. Siempre falta alguien...

*(Hace ademán de oír.)*

¿Los he mareado? ¿Ya me puedo ir?

*(Hace ademán de oír.)*

Gracias, pero me vuelvo caminando como vine. No voy a ensuciar el limpio carro de la justicia.

*(Como si saliera de una pesadilla, Clara repite:)* No voy a manchar la justicia. No voy a limpiar el carro. No voy a hacer justicia con el carro. Ni voy a...

*(Comprende que, de nuevo, se halla delante de la platea.)*

Lo dije todo con la fe idiota de romper el cerco de esa banda de locos. Pero a los días volvieron a mi casa con más preguntas. Esos tres médicos, y el juez y la policía. Y cómo me miraban... Si tenía medias, si no tenía medias. Si estaba peinada, si me pintaba, si no. *(Ríe.)* Parecía un tribunal de belleza... Uno me miraba los pies, el otro los ojos, el otro las tetas... Mi abogado me dijo: “Compre un buen sillón”. “Ponga una alfombra”. “Cierre las ventanas”. “Arréglese el cabello. Yo le pago la peluquería”.

*(Como si lo tuviera delante y lo hiciera retroceder hacia la puerta.)* ¡Fuera! ¡Fuera de acá! No es trabajo de un abogado cortarme el pelo. ¿O los abogados son los peluqueros de la justicia? ¿Le pintan los labios, le ponen medias?

*(Pausa.)*

Al día siguiente los médicos volvieron a casa y se metieron en las piezas. ¡Ah..., que había hecho tirar una pared!, ¡ah..., que había dejado la bovedilla a la vista! Todo lo anotaban en sus libretas. Dieron con el zoológico, claro. Había que verles las caras... *(Ríe. Cambia de tono.)*

Resulta que yo había hecho traer unos animalitos de la quinta para entretener a los niños. A la yegua y al caballo los dejé sueltos en la planta baja, pero a los otros los puse en el patio de arriba, con una cerca de alambre. A ver: dos chivos, un avestruz, dos gansos, algunos patos, unas palomas francesas preciosas, dos perros, cuatro gatos. Pero a las semanas uno de los chivos consiguió pasar la cabeza por una rendija, y después empujó y pasó el resto del cuerpo, y detrás los otros. Un día llegué y me encontré con que andaban por toda la casa. No nos molestábamos. Yo vivía en las habitaciones que daban a la calle y el resto era de ellos. Nunca, en Montevideo, los animales tuvieron una suite más lujosa. Los gansos se adueñaron del canapé, los patos prefirieron la otomana ¡y el avestruz se comió el gobelino!

¡Cuando los médicos vieron aquello...! Se metieron por los pasillos y en los cuartos, los tres en fila, tan pulcros, tan médicos, en puntas de pie para no pisar la mierda. ¡Se pegaron tal susto con el avestruz...!, ¡y con los chivos...! Dios mío... debí dejarlos encerrados y se habrían acabado mis problemas. *(Pausa. Cambio de tono.)*

Era mi ex marido, José María, el que me había iniciado el juicio. Y con él mis hijas. Querían robarme y matarme. Lo grité a los cuatro vientos desde el balcón de mi casa. ¿Alguien me creyó?

*(Va hacia un extremo del escenario, como si estuviera de nuevo en el balcón.)*

En la calle, los niños, y las mujeres, los hombres y las viejas. Me insultan, se ríen. ¿Cómo va a matarme la justicia? ¿Cómo va a robarme mi familia? Delirios de la loca, decían.

*(Se aparta.)*

Bien que vinieron a juntar el oro y las libras esterlinas que tiré una tarde desde las ventanas del Hotel Oriental.

*(Como dirigiéndose a alguien que está a su lado.)*

¿Sabés lo que hago con tus regalos? ¿Lo que me importan estos vestidos?

*(Hace ademán de arrojarlos hacia abajo.)*

¿Querés saber qué hago yo con las libras y las monedas de oro? ¿Las querés? Ah, ¿no te importa mi dinero?

*(Hace ademán de arrojarlos hacia abajo y ríe.)*

“A mí, a mí...”, pedían todos en la calle.

*(Dirigiéndose a la platea.)*

¿Oyen los gritos? ¿Escuchan el escándalo? Allá abajo la calle está que arde. ¡A mí, a mí...! Por una vez en la vida, yo hice el milagro de que lloviera oro en las calles de Montevideo. Si vieran lo contenta que estaba la gente. Las manos alzadas al cielo, como si fuera la Virgen María.

*(Se acerca a la platea.)*

Pero después, cuando me convirtieron en este mueble inútil, en este nombre sin nombre, nadie vino en mi auxilio. Incapaz de mostrar respeto por el dinero, dijeron. Una falta grave, un asunto serio. Incapaz de guardar el decoro de una dama de fortuna. Una falta inaudita, un asunto enfermo. Incapaz de esconder amantes. Una falta obscena, un asunto cínico.

Desde entonces en vez de decirme Clara, Clarita, me llaman “la persona de la incapaz”. Y ¿qué hicieron los grandes capaces de esta historia? Los médicos me declararon loca y pasaron una monstruosa factura. El juez nombró curador a mi nuevo yerno, un tal Luis Mongrell que se acababa de casar con Isabel. Al jovencito yo no lo conocía, pero se ve que tenía sus ambiciones. Le di pelea durante meses, pero al fin me trajo a vivir con él a la quinta y mandó construir el altillo, especialmente para mí. Una pieza cuadrada ¿conocen? con unas ventanas falsas y otras verdaderas que ya no puedo distinguir.

¿Quieren cobrar? Les dije que llegaron tarde. Porque los capaces de esta historia comenzaron a pelear por mi dinero, y con qué talento... Los médicos querían cobrar, pero mi yerno se negaba a pagar. Mi yerno quería convertir en dinero todas mis propiedades, los abogados querían engordar sus honorarios, y las tiendas de Montevideo, con enormes facturas falsas hechas en mi nombre. Hay que ver lo que hacen los montevideanos cuando descubren una rosca mal cerrada. Meten la mano hasta el fondo, como tragados por un agujero.

Ja..., los políticos hicieron patria con mi dinero. Luis consiguió préstamos, vendió mis campos, levantó industrias con mi herencia y metió a todo el Partido Blanco a trabajar en ellas. Vivieron de mi fortuna durante años hasta que la acabaron toda. Y así el joven Luis cayó en la ruina, y le inició juicio mi segundo yerno, y un juicio siguió al otro, y los nuevos capaces y los viejos capaces, pero ya no tanto, comieron de la única incapaz de esta historia hasta que no quedó una miga de la vieja herencia de los García de Zúñiga.

Hay que estar loca... –¿cómo se dice ahora? ¿Chapita, pirada?– para poder verlo. Hay que estar pirada para alumbrar ese juicio con un relámpago.

Me acusaron de loca por tirar el dinero desde los balcones. ¡Ellos, que lo regalaron a manos llenas!

Me acusaron de loca porque gritaba que venían a robarme. ¡Ellos, que asaltaron mi fortuna!

Me acusaron de loca porque gritaba que venían a matarme. ¡Ellos, que me declararon incapaz, muerta moral! Una muerte súbita. Una muerte por decreto. Ajena al cuerpo, a la voz. Una muerte ajena a la muerte.

Me mandaron a vivir con Rosa en una cabaña de Paysandú hasta que el hilo de mi enredo se cortó. La pequeña Rosa, que me oía con ojos dulces y andaba por la casa bajo un grueso diccionario para aprender a caminar como una dama.

*(Dirigiéndose a Rosa.)*

El secreto, Rosa, la prueba de fuego, está en las escaleras. Si dominás el arte de bajar una escalera, podés decir cualquier cosa que te pase por la cabeza. Ellos aman los pies, no cuando bajan sino cuando pisan. No camines, pisá el mundo. Cada escalón como si fuera el corazón de un hombre, y no te detendrías a mirar su orgullo, ni pedirías disculpas.

*(Pausa.)*

Fui acusada de tener muchos hijos fuera del matrimonio. Pero entre todos, solo uno me llamó en la última hora a su lecho. “La materna”, dijo, “llamen a la materna”, envuelto en la memoria como en un lazo de sedas. Roberto, el hijo de una noche mágica con Ernesto de las Carreras. Roberto, ese bastardo, fue mi único heredero. No de la fortuna que se arrancaron generaciones y generaciones de argentinos y uruguayos. La fortuna de mi nombre vengado en cada uno de sus libros y duelos. Eso que estaba perdido en mí antes de que mi madre me encontrara y se

empeñara en casarme con José María. El viento, ¿conocen? Ese cosquilleo de insolencia, las ganas de ser ocurrente, amorosa, liviana, fatal, antes de aprender a contar del uno al diez.

No sabía yo, no supo Roberto, que el mundo estaba lleno de cadenas, que los montevidEOS amaban las cadenas con una fe asombrosa, y si abrían los brazos, formaban un enorme cerco de cadenas: ahí una cruz, acá un escudo, y acá un gran monumento a la familia, ecuestre, pedestre, rupestre.

No me pidan recuerdos. Mi cabeza es un pantano de palabras escondido en un altillo.

Pobre Roberto, mi dulce bastardo. Los dos rompimos una nota y quedamos perdidos en el pentagrama. No nos hizo libres, no nos hizo sabios, no nos hizo buenos. La locura es el golpe del piano que te mata. Pero no esperamos al músico. No había músico. Ni nos callamos la boca.

Le prendimos fuego a la aldea. 🍷